

**Virginia Gil Amate**  
*Sueños de unidad hispánica en el siglo XVIII. Un estudio de Tardes americanas de José Joaquín Granados y Gálvez*  
Alicante  
Cuadernos de América Sin Nombre  
2012  
284 pp.



Fernanda Mugica<sup>1</sup>

Recibido: 24/06/14  
Aceptado: 15/07/14

Literatura, historia y política se entrelazan en las líneas del estudio de Virginia Gil Amate para presentar un panorama complejo: el de la cultura del último cuarto del siglo XVIII. La autora se centra en la escritura de un español peninsular que pasó la mayor parte de su vida en Nueva España, José Joaquín Granados y Gálvez, al tiempo que dialoga, a cada paso, con otros escritores y textos de la época. Como resultado, el análisis de *Tardes americanas* (1778), un texto poco estudiado por especialistas, deviene una verdadera exploración dialéctica. No se trata sólo del diálogo ficcional entre el Español y el Indio, del

análisis minucioso y fino que la autora hace de los procedimientos de Granados a la hora de opinar, argumentar y extraer conclusiones por medio de sus personajes. Se trata del estudio de una dialéctica entre lo peninsular, lo criollo y lo indígena, en la necesidad de integración que el escritor plantea, en su ficción, para dar un sentido orgánico a Nueva España. Y sobre todo, de la exploración de un pasado indígena esplendoroso ya perdido y un poder hispánico a punto de perderse, que dialogan en la voz de quien todavía sueña con perpetuarlos. En el marco de la colección *Cuadernos de América sin nombre*, y en una ampliación del corpus novohispano, Gil Amate presenta un estudio claro y conciso: su análisis contextual y de fuentes la mantiene

<sup>1</sup> Estudiante avanzada del Profesorado en Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Contacto: fernanda.mugica@gmail.com

distante del riesgo de lecturas indigenistas incongruentes en materia temporal que desde el presente podrían pretender reinventar el pasado.

En el capítulo I, “La forma de la opinión”, la autora parte del análisis de la elección literaria –el diálogo ficcional como soporte de una escritura fuertemente política e impregnada de opinión personal– para detenerse en algunos aspectos esenciales de *Tardes americanas*: la desmembración del sujeto autoral en los personajes del Indio y el Español, la pretendida cualidad dialéctica dentro del texto, que en ocasiones se detiene en ciertas verdades previas al razonamiento, y la particular relación del género dialógico –cauce para la opinión– con la censura y la autocensura. Además, reflexiona respecto de la mentalidad dieciochesca y su modo de constituir un punto de vista, que puede leerse, por ejemplo, en la utilización de conceptos de época –luz, razón, felicidad, justicia– adaptados al pensamiento cristiano, en la concepción de la historia ajustada a un plan divino general o, sobre todo, en la apelación de Granados al mestizaje como modo de superar enfrentamientos, como *sueño de unidad hispánica*. En la lucha contra las versiones y la creencia en la posibilidad de rescatar en sí mismos los hechos históricos, Gil Amate lee el modo en que la construcción historiográfica dictamina normas a la escritura de Granados y, a partir de allí, rescata su obra en tanto resumen de acontecimientos significativos para la historiografía y respuesta a la polémica del Nuevo Mundo y las reformas borbónicas.

En el segundo capítulo, “Una mirada al mundo indígena”, la autora estudia el modo en que el diálogo intenta dignificar el Nuevo Mundo. Primeramente, Granados quiere deshacer errores comunes respecto de la historia y

del origen de civilizaciones anteriores a los mexicas. La insistencia en las fuentes indígenas prehispánicas y en la validez de los soportes propios de cada cultura para sustentar la memoria, la vindicación de los valores autóctonos, la plasmación de un pasado de gloria seguida de la denuncia de la situación del presente como crítica a la actuación del gobierno en Indias, permiten a Gil Amate leer *Tardes americanas* como parte del corpus de textos escritos en respuesta a los juicios negativos de los europeos sobre América. Para Granados, las pruebas del valor se encuentran en los saberes indígenas –el conocimiento del cielo y de la tierra, además de los valores morales; y para Gil Amate, el análisis de esos valores rescatados por Granados, constituye la prueba de que el diálogo asume una cultura americana y la defiende –adelantándose dos años a las ideas de Clavijero– en su validez y originalidad, en sus creencias y particularidades, y no limitándose al pasado sino reivindicando el presente.

A continuación, en “Una defensa de los españoles americanos”, Gil Amate explora *Tardes americanas* en tanto que defensa de las cualidades y talentos de los criollos. A partir del análisis de las virtudes humanas, intelectuales y artísticas que el franciscano destaca –donde los obispos veían sujetos poco fiables, Granados encuentra cualidades–, Gil Amate se centra, ahora, en la intencionalidad política del diálogo, focalizada sobre todo en la distribución de los altos cargos y empleos entre españoles europeos y españoles americanos. Lo que reclama Granados, según la autora, es la asunción de la igualdad humana de los hombres de ambos mundos. La “nómina de criollos ilustres” es analizada en su relación con Feijoo –a medio camino entre su alabanza

y su refutación—. En notas al pie, la autora incorpora referencias biográficas breves y títulos de algunos de los libros de los criollos mencionados. A su vez, destaca la abundancia de errores, al tiempo que percibe la falta de un orden sistemático. El catálogo de escritos en lenguas indígenas, por su parte, es leído como un signo de la valoración de Granados hacia todas las lenguas y de la ausencia de prejuicios lingüísticos. Una vez más, lo que la autora resalta es la presencia de un espíritu de época: Granados está al tanto de los debates, los estilos, las noticias del momento.

Ya en el cuarto capítulo, “Hablando de política”, se analiza el modo en que las opiniones del Indio y el Español se confrontan respecto de algunos temas candentes de la época: el anexo del Nuevo Mundo a la cristiandad y la idea de indisolubilidad territorial, que Granados comparte. Las reflexiones sobre la naturaleza del poder, el tiranicidio, la soberanía, el probabilismo o el grado de obligación con la Hacienda pública, por su parte, son leídos por la autora en relación con los cargos que los jesuitas debieron soportar a partir de 1767, al tiempo que la relación ambivalente entre Granados y José de Gálvez —y su tarea en Indias— oscila entre la loa y la inquietud que generan los cambios. De acuerdo con Gil Amate, la postura del autor es compleja y ambigua, dado que, aunque la revisión del pasado americano sea el tema de conversación elegido en la Introducción, su asunto es más bien el futuro: el modo en que debe tratarse a América para conservar la unión con España. Eso es lo que explica, según la autora, que su fidelidad a la corona confluya con el miedo que le producen las reformas que se están llevando a cabo.

Finalmente, en “La iglesia novohispana”, la autora lee *Tardes*

*americanas* como parte de una tradición religiosa de fuerte impronta americanista. Las reflexiones de los hablantes sobre el IV Concilio de la iglesia mexicana, la presencia de elementos que hablan de una insistencia del milenarismo —por ejemplo, en la caracterización de América como refugio—, el análisis del vínculo de los hablantes con los elementos de la religiosidad popular y, sobre todo, de la importancia del culto guadalupano en tanto que instrumento de unidad hispánica, son los ejes sobre los que se centra Gil Amate para mostrar hasta qué punto el diálogo se torna un ejercicio político: en *Tardes americanas* hay, según la autora, una visión alucinada de la grandeza de México, tanto respecto de las civilizaciones pasadas como del presente hispánico, inaugurado por el profusamente alabado Hernán Cortés. Y es por eso que América se construye como el lugar ideal para la pervivencia del reino de Dios, lejos de la heterodoxia de Europa. En ningún momento deja, la autora, de ser crítica, incluso en los casos en que se vuelve necesario exponer la no coincidencia de la postura de Granados con las de otros autores de su época.

*Sueños de unidad hispánica en el siglo XVIII* se instituye, entonces, como análisis de un entramado complejo de cuestiones religiosas, políticas, históricas y culturales. Nunca mejor elegido el título para un estudio que se detiene en los vaivenes y las incertidumbres de una obra que nace como respuesta a un momento político en que el Imperio comenzaba a ser imposible. El valor del trabajo de Virginia Gil Amate reside en el énfasis puesto en el contexto cultural que, de la mano de su profusa investigación bibliográfica, permite leer en el diálogo una reivindicación de lo indígena siempre en armonía con la conquista y la evangelización —un deseo de integración

e hispanización por medio del mestizaje que se aleja de interpretaciones preindependentistas. Pero sobre todo, reside en la habilidad de marcar un límite a las asunciones propias y a las del franciscano, para detenerse en el eje central del diálogo, sin riesgos de sobreinterpretar: ese *sueño de unidad hispánica* que ante la imposibilidad, no deja de insistir en su búsqueda de una armonía natural entre ambos mundos, por medio de la crónica, de la historia, del relato de saberes antiguos y contemporáneos, al tiempo que se encuentra con dificultades e incertidumbres, en un cuadro cabal y complejo de la cultura novohispana de las últimas décadas del siglo XVIII.